
CAPITULO IV

LOS GIGANTES PELEAN

I

El buen resultado que tuvieron las medidas tomadas contra el joven Caddles, el gigante tonto que se dejó coger en el lazo que le tendieron Caterham y las demás gentes pequeños, determinó el momento de que éstas tomaran con interés la destrucción del resto, es decir, del núcleo principal de los seres humanos debidos á la heracleoforbia, y en su virtud, Caterham, monopolizando la ley, ordenó que prendieran á Cossar y al sabio Redwood porque, no satisfechos con haber producido personas tan descomunales, alentaban á éstas contra el orden de cosas establecido por el acompasado andar de los tiempos. Cossar se le fué á Caterham de entre los dedos, pero el viejo Redwood cayó en sus manos y quedó á disposición suya.

Redwood había sufrido una operación quirúrgica como consecuencia de la enfermedad que sufría en un costado y, dada su situación, ordenaron

los médicos que se le ocultara todo lo que pudiera producirle algún disgusto, hasta que entrara en franca convalecencia. Se le dió, por fin, de alta, y al encontrarlo ahora nosotros, se acababa de levantar de la cama y de sentarse junto á la chimenea para leer un fajo de periódicos, por los cuales se enteró de la agitación del país, de la subida de Caterham al poder, y del peligro que corrían su hijo y la princesa, perseguidos por la justicia, la cual se había envalentonado con la muerte de Caddles, según hemos dicho.

En los últimos periódicos que tenía Redwood, se auguraban de una manera vaga los acontecimientos que sobrevendrían. El anciano leía y volvía á leer angustiado por los anuncios primeros de la calamidad, anuncios de muerte, cada vez más perceptibles. Hallábase en tal situación de espíritu, cuando entraron en su estancia el delegado y varios policías seguidos de una criada, levantó la cabeza y exclamó, con el pensamiento fijo en lo que acaba de leer:

—Creí que me traían un periódico de la noche —y poniéndose bruscamente en pie, añadió:— ¿Qué significa esto?

Redwood se enteró de que la policía había ido á su casa con un coche para llevárselo; pero cuando el delegado vió que acababa de dejar el lecho, decidió esperar un día más para hacer su traslación sin peligro, sin que por eso lo dejara en li-

bertad: la policía se instaló en la casa que quedó convertida en prisión. Aquella casa era la en que había nacido el gigante Redwood, la en que fué suministrada la heracleofobia por primera vez á un ser humano, y en la que había muerto la mujer de Redwood, quien desde entonces, y hacía de esto ocho años, vivía solo en ella.

Admirado se quedó el delegado de la policía al encontrarse con un hombre lleno de canas, con la barba puntiaguda y gris, ojos vivos color pardo y voz dulce, pero con el continente de las personas que únicamente piensan en cosas grandes, y más se admiró aún, al observar el contraste que ofrecía su figura con el enorme delito que se le imputaba.

—He aquí esta buena pieza — dijo el inspector á los suyos, — que ha hecho cuanto ha podido para trastornar el actual orden de cosas, y que, sin embargo, tiene cara de hombre de bien y parece un propietario rural, mientras que el juez Hungbrow, que es el encargado de mantener el orden y la tranquilidad pública, parece un puerco espín, y observen ustedes qué diferencia de modales entre uno y otro; éste cortés y afable, y el otro, gruñón y áspero. No hay que fiar en las apariencias.

Redwood molestó mucho á los polizontes en un principio y se les mostró rebelde, hasta que éstos le dijeron que era inútil que les pidiese más periódicos ni más noticias, porque no conseguiría nada.

Reconocieron su mesa de escritorio y le recogieron y llevaron todos sus papeles, con lo que lograron exaltarlo y que clamase en alta voz, aunque en tono suplicante.

—¿Pero no ven ustedes que se trata de mi único hijo que está en peligro? El alimento no me importa nada, lo que me importa es mi hijo.

—De buena gana lo tranquilizaría á usted — le dijo el policía, — pero ¡son tan severas las órdenes que tenemos!

—¿Quién ha dado esas órdenes?

El policía contestaba evasivamente y se iba de la habitación dejando al sabio solo.

—Está paseando de un lado para otro — dijo al delegado uno de sus subordinados.

—Mejor: así se calmará algo, y me alegraré de ello — contestó el jefe; — pues hasta ahora no he sabido que el gigante que está en relaciones con la princesa fuera hijo suyo.

—La verdad es que la cosa es un poquito dura —dijo un tercer polizonte.

Redwood llegó, por fin, á darse cuenta, aunque imperfectamente, de que entre él y el mundo se había levantado una muralla de hierro. Los que lo vigilaban le oyeron acercarse á la puerta, trastear en ella y mover el pestillo, hasta que el centinela situado en la meseta de la escalera le llamó al orden y le dijo que de aquella manera agravaría inútilmente su situación. Después observaron los

guardias cómo Redwood examinaba las ventanas, lo cual hizo levantar la cabeza á los policías que se hallaban en la parte exterior de la casa.

—No siga usted haciendo eso — oyeron decirle al jefe de éstos.

Entonces, Redwood tiró del cordón de la campanilla. El jefe subió á explicarle con la mayor paciencia que se perjudicaba tirando de aquel modo de la campanilla, pues cuando verdaderamente necesitara algo no se le atendería creyendo que llamaba sin motivo.

—Tenemos orden de atenderle á usted en cuanto sea razonable — le dijo el delegado. — Pero si usted se empeña en tirar del cordón por vía de protesta, nos veremos obligados á quitarle ese medio de comunicación.

Las últimas palabras en tonos agudos que escuchó el policía fueron:

—¡Pero dígame usted al menos si mi hijo!...

II

Redwood se pasaba las horas pegado á las ventanas, pero desde ellas no pudo apreciar circunstancias por las cuales pudiera conocer la marcha de los sucesos: la calle era de poco tránsito, y solamente pasaron por ella en toda la mañana un coche y un vendedor ambulante.

Alguna que otra vez, veía Redwood algún transeunte pacífico, cuyo aspecto no revelaba que ocurriese nada de extraordinario. También pasaron por allí niños con una niñera, y una mujer que iba de compras. Entraban todos ya por la derecha, ya por la izquierda, y pasaban por la calle con una desesperante indiferencia hacia todo lo que no les fuera de interés propio; al pasar, miraban con espanto la casa cercada por la policía y tomaban dirección opuesta volviendo la cabeza y señalando con el dedo. En alguna que otra ocasión, vió Redwood cómo se acercaba un hombre á la policía, hacía unas preguntas y recibía contestaciones secas y concisas.

Las casas de enfrente parecían deshabitadas. Una sola vez vió á una criada que se asomó á una ventana y se quedó un momento mirando la calle. A Redwood se le ocurrió hacerla señas. Durante un rato, la tal criada siguió con interés los ademanes del preso y hasta contestó á ellos vagamente; pero de repente volvió la cabeza y desapareció. También vió Redwood salir á un viejo de una de las casas contiguas, el cual torció á la derecha sin levantar los ojos del suelo, y luego, durante diez minutos, fué un gato el único transeunte que observó.

En tales pequeñeces fué transcurriendo aquella interminable y monótona mañana, hasta que á las doce del día oyó Redwood los gritos de los vendedores de periódicos en la calle próxima. Contra su costumbre, los vendedores pasaron de largo sin entrar en la calle de Redwood, y éste sospechó que la policía les habría prohibido la entrada en ella. Trató de abrir la ventana, pero esto hizo entrar á un polizonte inmediatamente: después de un abismo de tiempo, el reloj de la parroquia próxima dió la hora de la una de la tarde.

A tal hora le dieron á Redwood el almuerzo, del que sólo comió un bocado, revolviendo después los manjares para que se los llevaran pronto: luego cogió una silla y se sentó de nuevo junto á la ventana. Los minutos se convirtieron en siglos para él, y Redwood acabó por echar un sueñecito,

del que al cabo despertó con la vaga impresión de lejanas concusiones.

Observó durante un minuto que los cristales temblaban como si hubiera un terremoto, y en seguida volvió á reinar el silencio, hasta que de nuevo se repitió el temblor y cesó después de otro minuto. Redwood creyó que aquellos ruidos los produciría el paso de algún pesado vehículo por la calle. ¿Qué otra cosa pudiera ser?

Pero pasado un rato hasta dudó de haber oído semejante ruido, y se puso á reflexionar. ¿Por qué estaba preso? Caterham era poder hacía dos días. ¿Y, este era tiempo suficiente para arrancar las ortigas?

—¡Arrancar las ortigas! — repetía Redwood. La frase jugueteaba en su imaginación.

—Y, después de todo, ¿qué podrá hacer Caterham? Era un hombre religioso y esto le obligaría en cierto modo á no emplear la violencia sin una razón muy fundada. ¡Arrancar las ortigas! — repetía Redwood.

Tal vez no se tratara más que de apoderarse de la princesa y de enviarle al extranjero; su hijo acaso fuera molestado también... Mas, ¿para qué lo habían prendido á él? ¿Qué necesidad había de hacerle ignorar lo que estaba sucediendo?

Su prisión era motivo para que imaginara cosas peores. ¿Pensarían apoderarse de todos los gigantes y reducirlos á prisión? Algunas alusiones

se habían hecho acerca de ello en los discursos electorales. Era casi seguro que habrían prendido también á Cossar.

—Pero Caterham es un hombre de sentimientos religiosos.

Redwood se aferraba á esta idea con obstinación. El fondo de su cerebro se parecía á una gran cortina negra en la que aparecía y desaparecía una palabra escrita con ígneos caracteres. No dejó de luchar un momento contra aquella palabra que se empezaba á vislumbrar sin acabar por hacerse visible. Por último, la miró de frente y leyó: ¡Exterminio!

Tal era la palabra, clara y legible, en toda su espantosa realidad.

¡No, no, y no! Aquello era imposible, porque, siendo Caterham un hombre culto, civilizado y religioso ¿cómo iba á decretar el exterminio al cabo de tantos años y después de tantas esperanzas concebidas?

De un salto se puso Redwood en pie, y empezó á dar paseos por su habitación.

—¡No no! — decía á voz en grito. — La humanidad no puede llegar en su extravío hasta ese extremo. ¡Eso es imposible, es increíble, no puede ser! Tengo que desechar esa idea; necesito desecharla en absoluto.

De pronto se paró. ¿Qué sucedía? Las ventanas volvían á temblar. Se acercó á la suya, y vió

en seguida la confirmación de lo que había oído. En la casa numero 35 había una mujer con una toalla en las manos, y en la 37 un hombre asomado, y los dos observaban la calle en una y otra dirección, entre curiosos y asustados. Redwood observó que el polizone estaba en la calle lo había oído también, y volvió á internarse en su habitación, murmurando:

—¡Son descargas de fusilería!

Se volvió á quedar pensativo: tres ó cuatro minutos después le entraron té fuerte, como acostumbraba á tomarlo, y esto le hizo comprender que habían consultado con su ama de llaves. Tomado el té, se encontró más nervioso, y continuó paseando por la habitación y reflexionando con mayor actividad.

Aquella estancia era su despacho hacía veinticuatro años. Amueblada cuando se casó, de aquella fecha era su pupitre, grande y complicado, su sillón, su librería y su estantería que llenaba el fondo. La alfombra turca de colores vivos, así como los cortinajes y las pieles habían palidecido y daban á la estancia aspecto de riqueza y dignidad. Los metales relucían á favor de las llamas de la chimenea. La luz eléctrica había reemplazado al gas, y esta reforma era la única hecha en aquella antigua habitación. Entre aquellos objetos había huellas abundantes de la heracleofobia: en la pared y por encima del zócalo, veíase

una línea de retratos fotografados, en marcos negros, representando á su hijo, á los hijos de Cossar y á otros que habían tomado el alimento en diferentes posiciones y edades, y entre ellos figuraba el de Caddles, con su cara de bobo. En un rincón se veía una gavilla de espigas de la hierba gigante de Cheasing Eyebright, y sobre el pupitre tres cálices de amapola, vacíos, de las dimensiones de un sombrero: el cráneo del cerdo monstruoso de Oakham, estaba colgando á modo de tapete de marfil con el morro hacia abajo, sobre el fuego.

Dirigióse luego Redwood hacia los fotografados y contempló especialmente el de su hijo, que evocó en su memoria muchos episodios que tenía olvidados referentes á los comienzos del alimento, como la tímida presencia de Bensington, de la prima Juana y de Cossar y los trabajos de noche en la granja experimental. Todo lo vió claro y distinto como lo que se ve á favor de un telescopio en día en que la atmósfera está pura. Recordó luego la infancia de su hijo el gigante, los esfuerzos de éste para romper á hablar, y sus primeras caricias y muestras de afecto.

Y entonces acudió á su cerebro iluminado, la idea de que allá fuera, lejos de aquel silencio maldito que le rodeaba, hallábanse luchando por la vida, sus hijos y los de Cossar y que tal vez, en aquel momento mismo, se encontraría su hijo en

situación angustiosa y terrible, prisionero quizá, herido ó muerto.

Se alejó de la fila de los retratos y empezó á vagar precipitadamente por la habitación, gesticulando de una manera violenta.

—¡Esto no puede ser — gritaba, — no puede ser, no! ¡Esto no puede acabar de este modo!

Y repetía el grito terrible arrancado millones de voces de innumerables bocas humanas, grito que se oye á cada instante sin que se llegue nunca la razón que lo explique: «¡Esto no puede quedar así!»

Pero, de pronto, Redwood se quedó inmóvil y rígido.

—¿Qué ha sido eso? — preguntóse ante un nuevo temblor de los cristales, que volvió á oír.

A aquel temblor, siguió un estrépito, algo así como un choque formidable que conmovió toda la casa. La conmoción le pareció á Redwood que duraba un siglo. Debió de haber ocurrido muy cerca de donde él estaba. Por un momento, creyó que algo había chocado contra la casa por encima de él: sintió un golpe enorme, al que siguió la rotura de los cristales, que cayeron hechos pedazos; luego, silencio, turbado por pasos precipitados de gente que corría por la calle. Redwood se acercó á la ventana y su corazón latió con fuerza, como si estuviera bajo la presión de una crisis, de un hecho consumado que le aliviara; pero al com-

prender que nada podía hacer desde la prisión en que estaba encerrado, sintió otra vez decaer su ánimo.

Nada pudo ver de lo que ocurría fuera; pero al observar que la lámpara de enfrente no estaba encendida, sospechó que reinaba la alarma en la ciudad, y le ayudó á interpretar aquel misterio, un resplandor rojizo que vió dilatarse en el cielo, de Sur á Este, y que aumentaba y disminuía de tal manera y tan rápidamente que hasta llegó á dudar que lo hubiera visto. Esto le preocupó mucho, y la preocupación creció según fué aumentando la obscuridad, hasta llegar á constituir el fenómeno predominante en aquella interminable noche de ansiedad. A veces, le parecía que la claridad adquiría el movimiento de llamas; otras, sólo la creía reflejo del alumbrado. Lo cierto fué que siguió el resplandor creciendo y disminuyendo durante las inacabables horas de la noche, y que sólo desapareció al fundirse con la aurora rosada del nuevo día.

¿Qué significaba aquello? Era indudable que el resplandor debía provenir de algún incendio, próximo ó lejano; pero no podía distinguir el observador si era humo ó eran nubes lo que á ratos obscurecía el horizonte. A eso de la una de la madrugada empezó un movimiento de reflectores eléctricos al través de aquella atmósfera rojiza, el cual continuó durante toda la noche. Aque-

llo también tendría su significación: el caso fué que el espíritu de Redwood no tuvo aquella noche otra preocupación que la de contemplar el cielo alborotado y rojo y la presunción de una tremenda catástrofe. Por último, ya no hubo más ruidos ni más carreras, sino gritos que podían provenir de la algazara distante de algunos borrachos.

Redwood encendió la luz en su cuarto; pegado á la ventana rota, por la cual penetraba el aire, ofrecía una silueta negra y extraña al polizonte que le vigilaba y que de vez en cuando entraba para aconsejarle que se acostara. Toda la noche la pasó Redwood en tal disposición contemplando las distintas coloraciones del cielo; y únicamente cuando empezó á amanecer, se rindió á la necesidad del descanso y se echó sobre la cama que le había preparado entre el pupitre y la chimenea, precisamente debajo del monstruoso cráneo del enorme paquidermo.

III

Treinta y seis horas permaneció Redwood en su prisión, apartado del gran drama que la gente minúscula realizaba contra los hijos del alimento.

De pronto se descorrió el férreo cortinón que separaba á Redwood del mundo, y el sabio se halló en medio de la lucha de un modo tan inesperado como repentinamente había quedado alejado de ella. Al caer la tarde Redwood se dirigió á la ventana atraído por el ruido de un coche que paró al pie de ella. Un joven bajó del coche y entró pocos momentos después en la habitación del prisionero. El visitante, que parecía tener treinta años de edad, estaba bien afeitado y bien vestido, y en sus maneras brillaba la distinción.

—Señor Redwood — dijo á éste. — ¿Consentiría usted en ver al señor Caterham? Necesita hablar á usted con suma urgencia.

—¿Necesita verme?

Esta pregunta ocupó un momento el espíritu de Redwood, que en aquel instante ni se atrevió á respirar. Vaciló, y luego con voz turbada añadió:

—¿Qué ha hecho de mi hijo?

Y esperó con anhelo la respuesta del joven.

—¿Su hijo de usted, caballero? Está bien...

Por lo menos, suponemos que está bien.

—¿Está bien?

—Ayer fué herido... ¿no oyó usted el fuego de la fusilería?

Redwood dejó á un lado toda clase de consideraciones y con voz, no ya temblorosa por el temor, sino vibrante de cólera, dijo:

—¡Sabe usted muy bien que yo no he oído nada ni sé nada!

—El señor Caterham temía... Fué un principio de alzamiento que nos sorprendió á todos... Y Caterham mandó custodiarlo á usted para salvarle de cualquier accidente...

—¡Me mandó prender para impedirme que avisara ó aconsejara á mi hijo!... Pero siga usted, refiérame todo lo sucedido. ¿Han logrado ustedes el éxito? ¿Han matado á todos los gigantes?

El joven dió unos pasos hacia la ventana, y volviéndose luego, dijo:

—No, señor.

—En ese caso ¿qué tiene usted que decirme?

—Que esta lucha no ha sido planeada por nosotros... Ellos la provocaron, porque nos encontraron completamente desprevenidos...

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Quiero decir, señor, que los gigantes se han sostenido, hasta cierto punto...

Todo cambió entonces para Redwood. Por un momento, algo parecido al histerismo dominó los músculos de su cara y de su cuello; luego exhaló un profundo suspiro. Su corazón saltaba de alegría.

—¡Los gigantes se han sostenido! — decía admirado.

—Ha sido una lucha horrible, una destrucción completa. ¡Todo ello basado en una horrible mala inteligencia! En el norte y en el centro de la capital los gigantes han sido muertos por todas partes.

—¿... aun luchan?

—No, señor. Ha habido una tregua.

—¿La pidieron ellos?

—No, señor. Caterham es quien ha pedido la suspensión de hostilidades. ¡Todo está basado en una mala interpretación! Por eso desea hablar con usted, y explicarle el caso... Los gigantes insisten en que intervenga usted...

Redwood le interrumpió, preguntándole:

—¿Sabe usted de cierto lo que le ha ocurrido á mi hijo?

—Ha sido herido.

—Cuénteme, cuénteme...

—El y la princesa llegaron antes de que el sitio del campamento de Cossar, que ya se preparaba, se hubiera establecido en forma. ¡Ya conoce usted el hoyo de los Cossar en Chiselhurst! Lle-

garon inesperadamente, abriéndose paso á través de la espesura inmensa de las encinas gigantes, por el lado del río, donde había una columna de infantería. Los soldados estaban nerviosos y la aparición de la pareja gigante les produjo cierto pánico...

—¿Y dispararon contra ella?

—No, señor, que huyeron en cuanto la vieron... Hubo soldados, sin embargo, que al huir dispararon, pero lo hicieron sin saber lo que hacían, locos, frenéticos, desobedeciendo las órdenes recibidas...

Redwood hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—¿Es la verdad, señor! Pero la orden de no disparar no fué por el hijo de usted... no quiero engañarle; fué por la princesa...

—Eso es verdad — murmuró Redwood.

—Los dos gigantes siguieron corriendo y dando gritos hacia el campamento, y saltaron un vallado de zarzas del Boomfood. Los soldados corrieron de un lado para otro, y algunos empezaron á disparar... Dicen que le vieron dar un traspies... Pero nos consta que no está herido de gravedad, porque ha enviado un recado diciendo que se encuentra bien.

Redwood se quedó un minuto con los brazos fuertemente cruzados y la mirada fija, como queriendo digerir lo que había oído. Su indignación encontró al fin palabras, y dijo:

—¿Han sido ustedes unos imbéciles al hacer lo que han hecho! Han echado mal sus cuentas y lo han estropeado... Y de los demás, ¿qué ha sido de los demás?

—¿Los otros gigantes? Trece de ellos han muerto, y algunos han sido heridos.

—¿Y el resto de los hijos del alimento?—dijo Redwood anhelante.

Algunos volvieron al campamento durante la lucha... Al parecer, sabían...

—¿Claro que lo sabían! ¡Si no hubiera sido por Cossar los hubieran ustedes exterminado á todos! Y Cossar, ¿está allí?

—Sí, señor... Y allí están, de igual modo, todos los gigantes que han sobrevivido... Los que no pudieron llegar al campamento durante la lucha, irán ahora á él acompañando á la bandera de suspensión de hostilidades.

—¿Eso significa — dijo Redwood, — que han sido ustedes derrotados, que han sido vencidos!

—No señor, eso no es cierto; no hemos sido vencidos; pero los hijos de usted han faltado á las leyes de la guerra dos veces, una la noche última y otra ahora: después de haber suspendido nosotros las hostilidades, han empezado ellos esta tarde á bombardear á Londres.

—Es muy justo.

—Han bombardeado á Londres con proyectiles envenenados.

—¿Envenenados?

—Sí, envenenados; sus proyectiles esparcen partículas del terrible alimento.

—¿De heracleoforbia?

—Sí, señor; y por eso el señor Caterham desea hablar con usted.

—¡Están ustedes vencidos! — exclamó con regocijo Redwood. — Naturalmente, con eso los derrotan á ustedes. ¿Qué van ustedes á hacer ahora, ¿qué esperan conseguir ya? Van ustedes á respirar el alimento hasta en el polvo de las calles. ¿A qué luchar más? Son las consecuencias de la guerra. ¿Y ahora quiere Caterham que le ayude yo? ¿Y para qué he de ayudarle yo? ¿por qué he de intentarlo siquiera?

El joven le escuchó con atención.

—Lo cierto es, señor — dijo por fin, — que los gigantes le piden á Caterham que los deje hablar con usted; no tienen otro embajador, y si usted no se acerca á ellos, me temo que el derramamiento de sangre sea mayor.

—De parte de ustedes, quizá.

—De ambas partes: el mundo está resuelto á poner fin á este estado de cosas.

Redwood dirigió una ojeada á su gabinete de estudio y su mirada se detuvo en el retrato de su hijo. Al volverse, tropezó con la mirada suplicante del joven, á quien dijo por último:

—Bien: acudo. Dígame usted al señor Caterham, que sí, que iré á verle.

IV

No correspondió la entrevista entre Redwood y Caterham á lo que aquél esperaba: dos veces únicamente había visto á Caterham, una de ellas en un banquete, y la otra en el vestíbulo de la Cámara de los Comunes. No se había dado cuenta del político, tal como era en sí, sino como lo pintaban los periódicos y los caricaturistas; considerábalo el legendario Caterham, el Jack matador de gigantes, el Perseo maravilloso de su tiempo: la personalidad humana se había borrado ante la grandeza de la fábula. El rostro que Redwood vió ante sí, era el de un hombre agotado por el insomnio y la fatiga, el de un hombre arrugado, amarillento y de labios decaídos: conservaba inalterables el color de los ojos y del pelo y el aguileno perfil del gran demagogo; pero se adivinaba que sufría mucho y que estaba influido por un peso abrumador.

Reveló desde los primeros momentos el predominio de sí mismo, pero demostró luego con un sólo gesto que se sostenía artificialmente, pues

llevó dos dedos al bolsillo del chaleco y se llevó sin disimulo una pastilla á los labios, y sin embargo, no obstante los trabajos y las preocupaciones que le agobiaban, de los hechos queregonaban su error y de tener doce años menos que Redwood, su cualidad peculiar, que, á falta de mayor nombre, llamáronos *magnetismo personal*, seguía preponderando en él y lo había conducido al gran desastre á que había llegado.

Caterham dominaba á Redwood según el sesgo dado á la conversación, puesto que determinaba como la cosa más natural, toda la fase, el tono y el carácter de la entrevista. Las esperanzas de Redwood desaparecieron en presencia de Caterham. Antes de que Redwood tuviera tiempo de rechazar la familiaridad, aquel le había dado un apretón de manos y elevó el tono de la conferencia, haciéndolo seguro y claro, como del que busca salida ante una catástrofe ordinaria. Si se equivocaba alguna vez era porque le dominaba el cansancio y le arrastraba la costumbre de hablar en público. Entonces, se erguía, y olvidándose de Redwood empezaba á hablar y á justificarse. Una vez se le escapó un «Señores». Peroraba largo y tendido, sosegada é imperturbablemente, y hubo momentos en que Redwood dejó de creerse un interlocutor y se creyó convertido en auditorio de un monólogo.

El químico tuvo el privilegio de ver un fe-

nómeno extraordinario: observó cierta diferencia específica entre su persona y la de aquel otro hombre que con su hermosa voz le envolvía, hablando sin cesar. Redwood notó que era poderosa y limitada á la vez la inteligencia de Caterham. La energía arrebatadora de éste, su fuerza personal y su olvido completo de ciertas cosas, le sugirió á Redwood una imagen extraña, la de que su antagonista, en vez de ser un hombre como él, un hombre moralmente responsable de sus actos y á quien se pudieran dirigir reflexiones razonables, era algo muy parecido á un rinoceronte, como si dijéramos un rinoceronte civilizado, engendrado en las selvas de la democracia, un monstruo de irresistible ímpetu y de resistencia invulnerable. Redwood resultaba abrumado en las teorías de aquella enredada madeja.

Aquel hombre estaba admirablemente dispuesto para abrirse camino entre las multitudes humanas. Para él no había falta tan importante como la contradicción de sí mismo, ni ciencia tan esencial como la conciliación de intereses encontrados. Las realidades económicas, las necesidades topográficas, hasta el manantial de expedientes científicos apenas investigados, existían para él, como para su prototipo animal existen los ferrocarriles, las escopetas, la literatura ó la geografía. Para él no había sino reuniones políticas, juntas electorales y votos; sobre todo votos. Ca-

terham era la encarnación de los votos, de millones de votos.

Y en aquella gran crisis que había destrozado, pero no vencido á los gigantes, Caterham hablaba. ¡Era tan evidente que le quedaba aun mucho que aprender! Caterham no sabía que hay leyes físicas y leyes económicas, y cantidades y reacciones que todos los votos de la humanidad no pueden destruir, y que no se desobedecen sino á costa de la propia destrucción; él no sabía que hay leyes humanas que la fuerza de la ilusión óptica no llegará á vencer, y que si llegaran á ser dominadas, sería únicamente para volver luego á ejercer su influjo con más violencia. ¡Ante una bala de cañón ó en el día del juicio final, Caterham se cobijaría detrás de algún voto de la Cámara de los Comunes, curiosamente amañado!

Lo que más preocupaba su imaginación no eran las fuerzas que invadían la fortaleza del Sur, ni la derrota, ni la muerte, sino el efecto que esto produciría en la mayoría, que era el objeto principal de su vida. ¡Tenía, por lo tanto, que destruir á los gigantes ó hundirse! Y no estaba completamente seguro de no conseguirlo: en aquella hora de desastre completo, con sus manos teñidas en sangre, y esperando aún mayores estragos, se sentía capaz de conseguir con el sólo esfuerzo de su voz y de su dialéctica, la recons-

titución de su poder. Estaba, es verdad, algo perplejo y agobiado, algo cansado y abatido; pero, con tal de poder sostenerse y seguir perorando, de seguir hablando...

Mientras hablaba, le parecía á Redwood que Caterham avanzaba y retrocedía, que se dilataba y contraía, y la parte del sabio químico en el discurso se reducía á introducir subrepticamente y á manera de cuñas, algunas de estas frases: *¡Todo eso es un disparate! ¡No! ¡Es inútil pensar en eso! ¿Por qué empezó usted?*

El discurso de Caterham envolvía preguntas y exclamaciones como un torrente envuelve las rocas que le cierran el paso. Allí estaba aquel hombre increíble en su despacho oficial, hablando, hablando con inmensa fuerza y habilidad, hablando incesantemente; como si una pausa en su peroración, una interrupción en sus explicaciones, en la presentación de sus principios y miras, ó en sus consideraciones, y expedientes, pudiera dar entrada á algo antagónico; allí estaba entre los mustios esplendores de su despacho ministerial, en el cual hombre tras hombre habían sucumbido. Desde fuera y obscureciendo la estancia, una sola hoja de enradadera gigante de Virginia golpeaba los cristales.

A medida que hablaba Caterham, aumentaba en Redwood la certeza de su estupenda puerilidad. ¿Se daba aquel hombre cuenta de que mientras

él hablaba sin cesar, todo aquel mundo grande estaba en movimiento? ¿No veía que la ola invencible de grandeza subía cada vez más, y que lo que necesitaba era tiempo y armas, y no discusiones parlamentarias ni votos de censura?

Redwood ansiaba que terminase aquel pasmoso monólogo y escapar á donde hubiera salud y juicio, hacia el sitiado campamento, hacia aquella fortaleza del porvenir en que se habían reunido los hijos de la heracleoforbía. Por esto, sufría el chaparrón de palabras huera y tontas; pero se apoderaba de él la extraña sensación de que si no terminaba pronto aquel monólogo, este le arrastraría, y se vería precisado á luchar con la voz de Caterham del mismo modo que se lucha con una droga. Pero los hechos se habían alterado y seguían alterándose bajo el hechizo de la voz del hábil político. Y ¿qué decía aquel hombre? Hablaba de homicidio. ¿Y luego? Luego, proponía un convenio: proponía que los hijos del alimento que hubiesen sobrevivido capitulasen y se fueran á formar lejos, muy lejos, una comunidad separada y propia.

—¿Dónde? — le interrumpió Redwood dejando y prescindiendo de argumentos.

Caterham se agarró á la concesión tácita que envolvía aquella pregunta; volvió los ojos á Redwood y su voz tomó cierto tinte de persuasiva realidad:

—Ya se determinará, eso es una cuestión secundaria.

Luego, siguió estipulando condiciones.

—Y fuera de ellos y del sitio en donde ellos estén, debemos tener dominio absoluto. ¡El alimento y todos sus frutos tienen que ser destruidos!

Redwood, ya dentro de la negociación, preguntó:

—¿Y la princesa?

—Esa es cosa aparte — replicó Caterham.

—No — respondió Redwood luchando por recobrar el terreno perdido. — ¡Sería un absurdo!

—De eso trataremos más adelante... Hemos quedado, de todos modos, en que la fabricación del alimento ha acabado de una vez...

—Yo no he quedado en nada — replicó Redwood.

—Pero, ¿cómo ha de haber en un planeta dos razas, una grande y otra pequeña? — dijo Caterham con gran energía. — Porque si ahora, con ese terrible invento de usted llegara á desarrollarse una raza de gigantes que aumentaran y se multiplicaran y quisieran invadirlo todo y ahogarnos á los que por tradición, por fuerza lógica é indiscutible, tenemos derecho á la libertad y á la vida, yo le aseguro á usted que pondría de mi parte todos los medios conocidos para impedirlo... Por lo pronto, si los hijos de la heracleoforbía no aceptan los términos de la proposición

que ahora mismo voy á hacer á usted para que la trasmita á aquellos monstruos, daré orden á todas las tropas de que dispone la nación para que se pongan en campaña y se lancen al exterminio de los ensoberbecidos gigantes. ¡Figúrese usted el espectáculo de un cuerpo de ejército, fuerte, organizado, disciplinado, dedicado á la destrucción! Pues he ahí el cuadro, el aspecto que ofrecerá nuestra lucha con los hijos de Boomfood. Porque habrá guerra, ¡sí, la habrá, con terribles combates, con enorme carnicería, y con derramamiento de sangre desconocido hasta ahora en la Historia! ¡A la grandeza del enemigo corresponderá la grandeza de los medios que se emplearán para exterminarlo!

— ¡Yo no vengo á discutir — contestó Redwood. — Yo quiero estar al lado de los gigantes, yo necesito ver á mi hijo... Por eso he aceptado hablar con usted...

Caterham empezó otro discurso referente á los términos del pacto que deseaba hacer. A los hijos del alimento se les entregaría un gran terreno en la América del Norte ó acaso en Africa, donde pudieran terminar su vida, á su gusto y manera.

— ¡Pero eso es un disparate! — observó Redwood. — Porque no es sólo en Inglaterra donde hay gigantes. Ya los hay también en el extranjero, por toda Europa...

— Haríamos un convenio internacional, cosa no imposible... Ya se ha hablado de ello... En el terreno que se les adjudicara, podrían vivir á su gusto esos monstruos, y hacer lo que quisieran y como lo quisieran. Pueden vivir contentos... ¡Figúrese usted!... ¡Y así salvaremos el mundo, señor mío! ¡Sí, lo salvaremos de las horribles consecuencias de ese terrible descubrimiento! Aun hay tiempo para que podamos armonizar la conveniencia con la compasión: aun estamos quemando hoy y cauterizando los sitios donde cayeron ayer las bombas, pero ya lo dominaremos todo... Confíe usted en mí y verá cómo acabamos con la anormalidad sin recurrir á la crueldad ni á la injusticia.

— Pero — dijo Redwood, — supongamos que los hijos de la heracleofobia no se avienen con esas resoluciones...

Caterham miró de frente al sabio por primera vez, y dijo:

— Se les obligará á ello.

— No creo que acepten.

— ¿Por qué no han de aceptar? — preguntó Caterham con asombro.

— Suponga usted que no quieran...

— Pues habrá guerra. Esto no puede seguir así; de ningún modo podemos consentirlo. Pero ¿no tienen ustedes imaginación los hombres de ciencia? ¿no tienen compasión del prójimo? No podemos consentir que un puñado de monstruos

y de grandezas enormes producidas por el alimento de ustedes, aplaste á nuestro mundo, no señor, ni lo podemos ni lo queremos consentir; y tenga usted en cuenta que lo ocurrido no ha sido más que la iniciación, una simple escaramuza, una cuestión de policía nada más, y que detrás de nosotros están la nación y la humanidad entera: si han muerto miles de personas, aun quedan millones: debe usted convencerse de que acabaremos con sus enormes hijos, y si abriga usted lá pretension de que dos docenas de gigantes van á bastarse para resistir á todos los elementos de nuestro pueblo y de todos los demás pueblos que se aliarán y vendrán á ayudarnos; si piensa usted que podrá cambiar la humanidad y la humana naturaleza...

Extendió el brazo y añadió:

—En ese caso, puede usted marcharse con ellos; váyase usted con ellos.

—Es precisamente lo que deseo.

Así terminó la conferencia.

La ostentación había terminado, y el orador, pareció contraerse en el acto, hasta convertirse de nuevo en el hombre de cara amarillenta, exhausto, de estatura mediana y de edad regular.

Se adelantó dos pasos como si se saliera de un cuadro, y con la pretensión de franca amabilidad de que dan muestra todos los políticos cuando tratan de resolver los conflictos públicos, extendió la mano á Redwood.

CAPITULO V

EN EL CAMPO DE LOS GIGANTES

I

Poco tiempo después, se encontró Redwood en el tren que se dirigía al Sur atravesando el Támesis. Tuvo una vaga visión del río, en que se reflejaban millares de las luces y del humo que se elevaba en el sitio en que había caído la bomba hacia la orilla del Norte, donde esperaba gran número de hombres dispuestos para quemar la heracleóforbia del suelo. La orilla Sur estaba sumida en la obscuridad; por razones especiales ni siquiera estaban alumbradas las calles, y únicamente se veían las líneas de las torres de alarma contra-incendios y contra las ratas gigantes, y los hacinamientos que formaban los edificios.

Después de observar un instante, Redwood se puso de espaldas á la ventanilla y quedó meditabundo. No tenía ya nada que hacer, ni que ver hasta que hablara con los hijos del alimento; las angustias y las emociones de los días pasados